

Portugues de gran valla,
Con el principe de España
A Italia pasado habia;
De soldados españoles
Maestre de campo le hacia:
Tambien lo era Don Fernando;
Poco logrado lo habian.
Murieron otros alférez
Valientes, que se sentia
Su esfuerzo por do pasaban,
Su valor por do venian.
Tomáronse en la ciudad
Seis mil almas por cautivas,
Que llevaron á la hora
A Nápoles y á Sicilia,
Y á otras partes del mundo,
A Génova y Lombardia,
Y á la Romaña y Toscana
Su parte tambien cabia.
Cara costó aquella plaza,
Por mucho que ella valia,
Pues con sangre d'españoles
Toda ella se rendia.
Ganóse por su valor
Y su invencible osadia,
Y por el principe Doria,
Que lo de la mar regia,
Y por el muy gran consejo,
Y prudencia y valentia
De Juan de Vega, el león
Que á España honra hacia;
Y por la maña y valor
De ese osado Don García,
Y por la grande fortuna
Del César, que Dios la guia.

(SEPÚLVEDA, Romances nuevamente sacados, etc.)

La acción de guerra que en este romance se describe con tanta exactitud como en los boletines oficiales, y acaso con mas minuciosidad, fué mas célebre que útil á España. Parece que la composición está hecha sobre el campo de batalla y por alguno de los héroes que contribuyeron á la conquista gloriosa de la plaza de Africa, en la que tuvo tanta parte el famoso almirante genoves Andrea Doria.

1155.

ROMANCE DEL SAGO DE ROMA, POR LAS TROPAS DEL CONDESTABLE DE BORBON.

(Anónimo¹.)

Triste estaba el Padre Santo,
Lleno de angustia y de pena
En Sant Angel, su castillo,
De pechos sobre uná almena,
La cabeza sin tiara,
De sudor y polvo llena,
Viendo á la reina del mundo
En poder de gente ajena.
Los tan famosos romanos,
Puestos so yugo y melenas;
Los cardenales atados,
Los obispos en cadena;
Las reliquias de los santos
Sembradas por el arena;
El vestimento de Cristo,
El pié de la Madalena,
El prepucio y Vera-Cruz
Hallada por Santa Elena,
Las iglesias violadas,
Sin dejar cruz ni patena.
El clamor de las matronas
Los siete montes atruena,
Viendo sus hijos vendidos,
Sus hijas en mala estrena.
Cónsules y senadores
De quejas hacen su cena,
Por faltales un Horacio,
Como en tiempo de Prosená.

La gran soberbia de Roma
Hora España la refrena:
Por la culpa del pastor
El ganado se condena.
Agora pagan los triunfos
De Venecia y Cartagena,
Pues la nave de Sant Pedro
Quebrada lleva la entena,
El gobernalle quitado,
La aguja se desgoberna:
Gran agua coge la bomba,
Menester tiene carena,
Por la culpa del piloto
Que la riges y la gobierna.
¡Oh Papa, que en los Clementes
Tienes la silla suprema,
Mira que tu potestad
Es transitoria y terrena!
Tú mismo fuiste el cuchillo
Para cortarte tu vena.
¡Oh fundador de los cielos,
Dadnos paz, pues es tan buena!
Que si falta á los cristianos,
Huelga la gente agarena,
Y crece la secta mala
Como abejas en colmena.
La justicia es ya perdida;
Virtud duerme á la serena;
Quien mas puede come al otro,
Como en la mar la ballena:
Fuerza reina, fuerza vale,
Dice al fin mi cantilena.

(Cancionero de Velazquez de Avila, folleto suelto. — It. Cancionero de romances. — It. Silva de varios romances. — It. Floresta de varios romances.)

1 Aunque la composición está en el Cancionero de romances, se ha entresacado de la glosa que hay de este en el Cancionero de Velazquez de Avila, donde está añadido y completo desde el verso que dice: ¡Oh Papa que en los Clementes! El anónimo autor del romance, lamentando el saco de Roma por los españoles, parece que intenta disculparle achacando al papa Clemente VII haberle motivado con sus excesos y mal gobierno.

EPOCA DE FELIPE II.— ROMANCES DE LA REBELION DE LOS MORISCOS DE LA ALPUJARRA¹.

1156.

DEL LEVANTAMIENTO DE LAS ALPUJARRAS.

(Anónimo.)

Después que Fernando Quinto
Ganó la insigne Granada,
El Alhambra y Aljares,
Tambien su fuerte Alcazaba;
Las fuertes Torreshermejas,
Vivatabin que acompaña,
Y todos los rededores
Que están en la vega llana;
Loja, Málaga y Moclin,
Y aquella nombrada Albama,
Con Alcalá de Albenzaide,
Que ahora la Real se llama,
Y la rica Colomera,
Que de Granada es cercana;
Los lugares de la sierra,
Que les llaman Alpujarras;
Los que están junto á la Peza,
Guadix, Almería y Baza,
Con toda su hoya junta,
Que la tiene bien poblada,
Y el gran río de Almería,
Y el de Almanzora nombrada,
Se vuelve para Castilla
El Rey que todo lo gana,

Acompañado de grandes
Que llevó en esta jornada:
La tierra deja segura,
De cristianos bien poblada.
Setenta años se pasaron
Y siete, en cuenta muy clara,
Que Granada estuvo quieta
Sin alborotos de nada.
Mas al cabo de este tiempo,
Que Filipo gobernaba,
Segundo de aqueste nombre,
Claro rey de nuestra España;
El fiero Marte da vuelta
Su bandera desplegada,
Que parece ociosidad
Tenerla tanto plegada,
Y á los moros granadinos
Les incita á guerra y saña.
Todo el reino se alborota:
Desean tomar las armas,
Y al rey de Argel escribieron,
El cual Oehali se llama,
Para que las dé, y socorra,
Prometiéndole darle á España.
Lo que pasó d'este trato
Dirémos á otra jornada.

(PEREZ DE HITA, Guerras civiles de Granada, 2.ª parte.)

1 Todos ó casi todos los romances que siguen y tratan de la rebelion de la Alpujarra, son de Gines Perez de Hita, autor de historia novelesca, que suponiéndola traducida del árabe publicó la primera vez, segun se cree, en el año de 1595, con título de *Historia de los vándos de los Cegries*, etc. Posteriormente, y ya bien entrado el siglo XVII, se imprimió el libro que contiene las guerras de la rebelion de la Alpujarra, intitulado, *Segunda parte de las guerras civiles de Granada*, el cual es una verdadera historia. Pero como quiso que se la considerase como continuación de su primer libro, para ponerla en armonía con él, luego que narra en prosa los hechos, los reduce á romances de su propia cosecha, donde refiere en verso lo que antes refirió en prosa. Después de haber insertado en nuestro libro los romances tradicionales y los de nueva invención, contenidos en la primera parte de la obra de Perez de Hita, de que aquellos formaron y estos realizaron el gusto y moda de los moriscos novelescos y de los semi-históricos, no podíamos menos de admitir é insertar en nuestro Romancero los verdícos y casi oficiales que puso en la segunda parte de su obra. Carecen, es verdad, de aquel brio y colorido poético, de aquel interes indefinible de las obras de imaginación; pero en desquite conservan, en medio de su prosaismo, toda la sencillez de inartificiosa verdad, donde el autor, contemporáneo y participante de los hechos que narra, aparece como testigo y comprobante de ellos. Actor en las guerras de la Alpujarra, y autor de su historia, Perez de Hita se presenta á veces como juez severo de las causas que las produjeron, y de las crueldades y desastres inauditos que irrogaron á la patria. Todo lo que el autor pierde como poeta, lo gana como sencillo historiador y como hombre de un corazón sensible que llora sobre la desdicha de los vencidos y sobre la fatalidad de las excesivas represalias, y acaso provocaciones, de los vencedores. Soldado Perez de Hita en las huestes mandadas por el marques de los Velez, hizo con él la guerra del Alpujarra los primeros años; se acostumbró al trato de los valientes que combatia; aprendió á juzgarlos y á respetar en ellos á los hombres que defendian sus hogares y que reclamaban la libertad y los derechos que segun los tratados debian conservárselos y eran hollados por la fuerza, ó si se quiere, por la necesidad de mantener la paz del país y de librarle de los riesgos que le amenazaban por abrigar en su seno un pueblo sospechoso, de diversa religion, hábitos y costumbres, que, unido y auxiliado por los vecinos moros de la costa africana, pudiera comprometer la suerte de la monarquía española.

1157.

ALZAN LOS MORISCOS POR REY Á ABENHUMEYA, Y SE DECLARAN REBELDES.

(De Gines Perez de Hita.)

Al son de trompas y cajas
Siendo Muley coronado,
Muchos capitanes crea
Habiendo campo formado;
Y puso muchos presidios

En el granadino estado.
Los moros con rabia ardiente
Hacen casos no pensados:
Las iglesias quemán todas
Deshaciendo los retablos,
Y los santos crucifijos
Hacian dos mil pedazos,
A los santos y las santas
Con hachas despedazando;
Y con grandes crueldades
Degollaban los cristianos,
Y curas y sacristanes
Morían martirizados.
Muchos cristianos cautivan,
Y á Argel son luego enviados:
Por un arcabuz dan uno,
Por hacerse bien armados,
Y en la ciudad de Purchena
Se hace el trato y contrato.
El reyecillo Muley
D'ello queda aprovechado:
Muchas escopetas traen
Los del africano estado
Por la ganancia, que es mucha,
Pues por ellas dan esclavos.
Finalmente se destruye
Lo de Lorea y su poblado,
Que estas tierras entre todas
Sienten el daño doblado;
Porque todos sus caminos
Los moros han salteado,
Prendiendo los pasajeros
Que á Purchena iban llevando,
Y al que se pone en defensa
Le hacen dos mil pedazos.
Alborótanse las tierras
Sintiendo este mal recado:
Todos de armas se apereben
Contra el granadino bando:
Lo que sobre esto pasó
Después os será contado.

(PEREZ DE HITA, Guerras civiles de Granada, 2.ª parte.)

1158.

SALE EL MARQUÉS DE LOS VELEZ CONTRA LOS MORISCOS, QUE FINGIENDO TRATOS CONTINUAN LA GUERRA.

(De Gines Perez de Hita.)

El buen conde de Tendilla,
Que es marques intitulado
Del estado de Mondéjar,
Señor de muy gran ditado,
Uno de los del Consejo
Por su valor estimado,
Fiel alcaide del Alhambra,
Y gran general nombrado
De ese reino de Granada
Por el Rey y su mandado,
Como viesé que los moros
Del reino se han levantado,
Mandó juntar mucha gente
De guerra, con aparato
Para poderlos vencer
Y traer á su mandado
Y subir á la Alpujarra,
Llevando campo formado;
Aunque el Marques bien quisiera
Por buena via llevarlo,
Y así envió dos moriscos
De Granada á negociarlo:
Moros son de calidad,
Y de cautidad nombrados.
Manda que paces concierten
Con los moros levantados,
Y que perdon general
Prometan en aquel trato.
Enviados por el Rey

Para mas asegurarlos,
 Esto tratan los dos moros
 Con los pueblos rebelados;
 Los cuales arrepentidos
 Dicen, que ellos son cristianos,
 Y que no quieren la guerra,
 Porque fuéron engañados
 Por el falso Abenchoar,
 Que estaba mal indignado
 Contra el marques de Mondéjar,
 Porque habia maltratado
 A los moros granadinos
 Como se ha declarado;
 Mas á ellos que les pesa
 De haber las armas tomado,
 Y que quieren reducirse
 En el hábito cristiano.
 Tambien dicen los dos moros
 Que darán diez mil ducados
 Al que diere la cabeza
 De aquel reyecillo falso.
 Por codicia d'esta empresa
 Muchos moros van buscando
 Al cuitado reyecillo
 Para prenderlo ó matarlo,
 El cual tuvo que esconderse
 Donde no fuese hallado;
 Y el que mas le sigue y busca
 Es el Ferri, su privado,
 Y como no le hallase,
 Por ganar diez mil ducados
 Mató á un mancebo morisco
 Que parecia á Don Fernando,
 Y cortada la cabeza
 A Granada la han llevado.
 El Marques lo prometido
 Paga, quedando engañado.
 De paz está todo el reino,
 Como se habia tratado;
 Solos quedaban los Monfis,
 Que no se han acomodado.
 Estos son mas de tres mil,
 Y todos muy bien armados;
 Pasar se quieren á Fez
 En hallando buen recaudo,
 Porque entienden que ya es muerto
 Aquel reyecillo falso.
 Estando en aqueste punto
 Muchos turcos han entrado
 Dentro de las Alpujarras,
 Y todos muy bien armados,
 Que los envió el Ochali,
 Rey de Argel tan nombrado,
 Para socorro y defensa
 De este granadino estado.
 Hallaron al reyecillo
 En una cueva encerrado,
 El cual muy bien los recibe,
 Y con ellos pasa á Valor,
 Y desde allí á Andarax
 Con su campo concertado.
 Los Monfis con él se juntan
 Con placer demasiado
 En tener á su rey vivo,
 Que por muerto le han juzgado.
 El reyecillo da orden
 De lo que se hará en el caso:
 La guerra quiere seguir,
 Como habia comenzado.
 El buen marques de Mondéjar
 Siendo de aquesto avisado,
 Luego salió de Granada
 Llevando el campo formado:
 Lleva mas de veinte mil
 Que le van acompañando.
 Muchos capitanes fuertes,
 Muchos lucidos soldados,
 Ricas banderas tendidas,
 Y su estandarte dorado:

Con el Marques un guion,
 Como caso acostumbrado,
 Que le lleva un general
 Cuando va un campo marchando:
 Lo que d'esto sucedió
 Os será despues contado.

(PEREZ DE HITA, Guerras civiles de Granada,
 2.^a parte.)

1159.

AL MISMO ASUNTO.

(De Gines Perez de Hita.)

Aprieta estaba leyendo
 Una carta de rebato
 El famoso Don Luis,
 Que ha por renombre Fajardo,
 El que es marques de los Velez
 Y de Murcia adelantado.
 De la ciudad de Almería
 Le ha venido aquel recado,
 Que el Obispo se le envia:
 «Luego saliese aprestado
 »Con sus armas y sus gentes,
 »Y lleve campo formado,
 »Atento que ya los moros
 »De todo aquel obispado
 »Se han levantado de guerra,
 »Y que hacen muy grande daño;
 »Y que abrasan las iglesias,
 »Y despedazan los santos;
 »Y pues es fuerte caudillo
 »Y frontero del estado
 »Reino granadino moro,
 »Que salga como esforzado
 »Y valiente capitán
 »A remediar tanto daño.»
 La carta aun no habia leído
 Cuando un correo le ha entrado
 Que el gran Felipe le envia
 Con otro nuevo mandato:
 Que salga contra los moros
 Que se habian rebelado.
 Luego el valiente Marques
 Con valor acostumbrado
 Convoca todas las gentes
 De todo el reino murciano,
 Que aprieta y con todas armas
 Vengan donde está aguardando,
 En la su villa de Velez
 El que decian el Blanco.
 Todo el reino se ha movido
 A cumplir este mandato,
 Y con deseo de guerra
 Cada pueblo se ha alistado.
 De Caravaca han salido
 Bien cuatrocientos soldados;
 Con ellos Juan de Leon
 Por capitán señalado,
 Y por sargento mayor
 Fué Andres de Mora nombrado,
 Por ser soldado y valiente,
 En lo de Flándes hallado.
 De Cehegin han salido
 Otros ducientos soldados;
 Su capitán es Carreño,
 Hombre en guerras avisado.
 Francisco de Melgarejo
 De Mula salió alistado,
 Fuerte villa del Marques,
 Y la mejor del reinado:
 Trescientos soldados lleva,
 Todos ellos hijos-dalgo,
 De su noble fundacion
 Conocidos y nombrados;
 Y de Totana salieron
 Por un padron alistados
 Ducientos hombres de guerra,

1160.

TOMA DE CANTORIA POR EL MALEH.

(De Gines Perez de Hita.)

Con tres diversas banderas
 De Purchena se ha salido
 El valeroso Maleh
 Llevando un campo crecido.
 La una bandera es roja,
 Y la otra de amarillo,
 La otra es azul y blanca,
 Pintado en ella un castillo.
 La vuelta va de Cantoria,
 Que lo manda el reyecillo,
 Y obedécele el Maleh
 Como á su rey y caudillo.
 Cantoria cuando lo sabe
 Se apercibe á resistirlo.
 Llegado habia el Maleh,
 Y por bien ha pretendido
 Que se le entregue la villa,
 Y no puede conseguillo,
 Que el valiente Avenax
 Lugar no dió á tal partido.
 El Maleh con grande enojo,
 Viéndose así despedido,
 Mandó combatir la fuerza
 Con gran furor y ruido.
 Por tres partes la acomete
 Con braveza y alarido;
 Mas defiéndose Cantoria
 Con esfuerzo muy crecido.
 Muchos matan del Maleh,
 Y otros muchos le han herido;
 Le conviene retirarse
 Por no verse allí perdido:
 Tres veces les diera asalto,
 Mas siempre fué resistido.
 Con gran pesar el Maleh
 Se retira aborrecido;
 Pide le den las mujeres
 Que el Marques allí ha traído,
 Y les quitará aquel cerco
 Con que los tiene oprimidos.
 Los de Cantoria las dan
 Por no ser mas afligidos,
 Y el Maleh se parte luego
 Muy enojado y corrido
 Por no salir con su intento,
 Y á lo que habia venido.
 Los cristianos con temor
 De Cantoria se han salido;
 Los demas piden socorro,
 Mas nunca les fué venido.
 El Maleh se pasó á Oria,
 Y muy poco le ha valido,
 Porque la vino de Lorca
 Un socorro muy lucido.
 El Maleh se ha retirado,
 Y al reyecillo ha escrito
 Lo que le pasó en Cantoria,
 Y lo poco que ha podido.
 El reyecillo le manda
 Que con campo mas cumplido
 Revuelva sobre Cantoria,
 Y cumpla lo prometido.
 Mucho tiempo no pasó
 Que Cantoria no se vido
 Del Maleh otra vez cercada
 Con poder engrandecido.
 Cantoria se entrega luego,
 Que socorro no ha tenido.

(PEREZ DE HITA, Guerras civiles de Granada,
 2.^a parte.)

Y todos muy bien armados:
 Juan de Mora es capitán
 De este escuadron tan preciado.
 De Alhama salieron ciento
 No menos aderezados;
 Soldado es su capitán,
 Pedro Cayuela nombrado.
 De Murcia la noble y franca
 Casi salió un grueso campo
 De valerosos guerreros,
 Lucidos y bien armados.
 Con mas braveza que el sol
 Cuando mas hieren sus rayos,
 Tres capitanes salieron
 Caballeros esforzados:
 Uno es Alonso Galtero,
 De valor aventajado;
 El otro es Nofre Ruiz,
 Buen soldado y buen hidalgo;
 El otro Don Juan Pacheco,
 Y aqueste era de á caballo,
 Hombre de suerte y valor,
 Que lleva de Santiago
 La roja señal al pecho
 De aquel famoso lagarto.
 De Lorca salió una tropa
 De un escuadron esmerado
 De mil hombres valerosos,
 Y todos muy bien armados:
 Seis valientes capitanes
 Salieron en este campo;
 Juan Quiñonero es el uno,
 Del Marques muy allegado;
 Es el otro Juan Mateo,
 De Guevara intitulado;
 Es Alonso del Castillo
 El tercero en este grado;
 Juan Felices Duque es otro,
 Bien conocido y nombrado;
 Hernan Perez de Tudela
 Es el quinto, buen hidalgo;
 Es Adrian Leones
 El sexto que se ha contado;
 Llamábase el del Alberca,
 Porque la tenia al lado:
 Todos estos con la gente
 Salieron de muy buen grado
 Para servir al Marques
 Que los estaba aguardando:
 De Murcia y demas lugares
 Tres mil hombres se han juntado.
 Con estos el buen Marques
 Sale de Velez el Blanco;
 Mas al tiempo de salir
 Murcia y Lorca se han trabado
 Sobre llevar la vanguardia
 En el campo concertado,
 Y Don Juan los apacigua,
 Por ser maestro de campo,
 Que este día vayan juntas
 Las banderas que he contado
 De Murcia y Lorca famosas;
 Y esto siendo averiguado
 Sale el campo, y nunca pára
 Hasta aquel río nombrado
 Que le dicen de Almería,
 Y que aquí hizo alto,
 Porque en Guecija se hallan
 Muchos moros aguardando,
 Para darles la batalla
 Al Marques y sus soldados.
 El Marques pone sus tropas
 Con gran concierto y cuidado,
 Para romper con los moros,
 Como oiréis en otro cabo.

(PEREZ DE HITA, Guerras civiles de Granada,
 2.^a parte.)

1161.

BATALLA DE GUECIIJA, Y HECHOS DEL CAPITAN FARAX.
(De Gines Perez de Hita.)

El de las verdes ortigas
En campo de oro estampadas,
Sus banderas ya tendidas,
Ordenadas sus escuadras,
A los de Guecija, moros,
Darles quiere la batalla.
La noble gente de Lorca
Le cupo ir en vanguardia;
De batalla Cehegin,
Con él los de Caravaca;
De retaguardia va el Fuerte
Con los de Alhama y Totana,
Y mucha caballeria
De valor aventajada,
Porque esté seguro el campo
Con tan firme retaguardia,
Pues el Marques se recia
De alguna mora emboscada.
Las trompetas suenan luego
Y los pifanos y cañas:
Los de Lorca van subiendo
Una cuesta muy poblada
De unos grandes olivares
Donde están mil alboradas
Hechas de tierra y fagina
De muchas ramas cortadas.
Estas trincheras hicieron
Los moros fortificadas,
Porque la caballeria
No les pueda hacer nada.
Tambien impiden los pasos
Llenando la huerta de agua;
Mas la gente es belicosa;
Luego traban la batalla
Muy revuelta y muy reñida
La mora y cristiana escuadras.
Los moros hacen defensa
Con braveza no pensada;
Mas con todo los de Lorca
Les van ganando la entrada,
Aunque no con demasia
Por la defensa doblada
Que allí ponian los moros
Defendiendo bien su plaza.
Lo cual mirando el Marques,
En el punto luego manda
Que salgan con gran presteza
Las banderas de batalla,
Que eran las de Cehegin,
Y con ellas Caravaca.
El asalto se renueva,
Cristianos van de ventaja,
Los moros suben arriba
Adonde Guecija estaba;
Por defender el lugar
Bravamente peleaban.
El Marques manda de presto
Que salga la retaguardia,
Y apelliden Santiago,
Y arremetan con pujanza.
La retaguardia salió,
Y el Marques en su compañía;
Los cristianos iban juntos,
Sus banderas van mezcladas.
A los moros les convino
Retirarse de la plaza,
Y volver hácia la sierra
Que allí de Gádor se llama.
Toda su caballeria
Los sigue con furia brava:
Muchos moros alancean,
Muchos pasan por la espada;
Mas metidos en la sierra
Ningun caballo pasaba;
Pasaban, sí, los infantes

Sin tener estorbo en nada.
Con esto la tarde vino,
Que ya el sol no se mostraba;
Que toquen á recoger
El fuerte Marques mandara.
Al punto la caja tocan,
Suena al punto la bastarda:
La señal del recoger
Cualquier soldado la guarda.
A sus banderas se vuelven,
Que ya estaban alojadas:
El lugar se ha saqueado,
Gánase gran cabalgada
De muchas bellas moriscas,
Ropas de seda labradas,
Mucho oro, mucha aljófar,
Muchas perlas estimadas.
Las moras tomó el Marques,
A nadie no le dió nada:
El campo todo se enoja,
Porque aquella cabalgada
No la repartió el Marques
Como estaba publicada.
Todos los soldados juran
En la cruz de las espadas
De no dejar cosa viva
En otra cualquier jornada.
En esto el fuerte Farax,
Negro capitan de fama,
Con muy gallarda osadia
Hizo dos grandes entradas
En esos campos de Lorca
Con los cuales cobró fama.
A Tablate nos volvamos
A do el de Tendilla aguarda.
(PEREZ DE HITA, Guerras civiles de Granada,
2.^a parte.)

1162.

BATALLA DEL DE MONDEJAR CON LOS MORISCOS
DE LAS GUAJARAS.

(De Gines Perez de Hita.)

El buen marques de Mondéjar
De las Albuñuelas parte
En busca del enemigo;
Llegó al puente de Tablate,
El cual encontró rompido,
Que ya no puede pasarse,
Destruyéndole los moros
Por excusarse de Marte,
Y viéndose acometidos.
Con grande furia y coraje.
Pues, llegando aquí el Marques
Mandó que el puente se obrase,
Para que pasase el campo
La rambla de esotra parte.
El reyecillo con gente
Vino á estorbarle el pasaje:
La rambla estaba profunda;
Mal podia repararse
Aquel puente tan antiguo,
Hecho por industria y arte;
Mas la gente del Marques
Del puente hizo una parte,
Aunque angosta y quebradiza,
Para que el campo marchase.
Defiende el moro aquel paso;
Nadie osaba aventurarse
A pasar por este puente,
Con temor de despeñarse.
Allí se mueve batalla.
Cada cual quiere mostrarse
Valiente en tal ocasion,
Y con valor emplearse.
El moro al fin se retira
Dejando libre el pasaje,
Que fué ganado por armas

Con esfuerzo, maña y arte.
A Valor se fué el morillo
Con intento de vengarse;
Las Guajaras apercibe
Con moros de aquella parte.
Zarrea, su capitan,
Es valiente como un Marte,
Y con él va Gironcillo,
Que puede bien estimarse
Ser un tirador gallardo
De escopeta en todas partes.
Y este le tiró al Marques
En el puente de Tablate:
Si no fuera por el peto
Muriera sin escaparse.
El Marques con grande enojo
No quiere mas allí estarse;
A las Guajaras camina
Ya tendido su estandarte,
Y les dió una gran batalla,
Que tal no la diera Marte.
De ambas partes mueren muchos
Por ofender y ampararse:
Allí murió Don Luis,
Que Ponce suele llamarse,
Y Don Juan de Villaroel,
Que bien podia estimarse
Ser uno de los valientes
Que allí podian hallarse.
Al fin las Guajaras toma
El de Mondéjar sin arte,
Llevándola los soldados
A crudo fuego y á sangre.
(PEREZ DE HITA, Guerras civiles de Granada,
2.^a parte.)

1163.

MUERTE EN LAS GUAJARAS DE DON LUIS PONCE DE LEON.
(De Gines Perez de Hita.)

Al pié las Guajaras altas
De un pueblo en peñas armado,
Herido está Don Luis,
Ponce de Leon llamado,
Que un peñasco le hiriera
Desde lo alto arrojado,
Subiendo que iba la cuesta
Como valiente soldado.
Cuando el peñasco le hiere
Con un furor no pensado,
Probábase á levantar
Con ánimo muy sobrado;
Mas en su sangre desbarra,
Que el suelo tiene bañado.
Viendo cercana la muerte
Volvió los ojos al campo,
Vido las rotas banderas
Y el campo desbaratado;
Vido la caballeria
Que apenas queda caballo;
Miró por su gente ilustre,
No vido ningun soldado;
Con lágrimas en sus ojos
D'esta manera ha hablado:
«¿Adónde estás, buen Mendoza? ¹
¿Qué es de tu campo formado?
¿Qué es de tu caballeria?
¿Dónde está tanto soldado?
¿Dónde están los capitanes
De Córdoba tan nombrados?
¿Dónde está mi escuadron bello,
Que de Sevilla he sacado?
¿Adónde está mi bandera
Labrada con tanto ornato?
¿A dó mi gallardo allérez
A quien la entregué en su mano?
¡Adios, mi patria querida!
¡Adios, claro duque de Arcos,

De mi sangre descendiente,
Mi pariente muy cercano!
Ya no espero de ver mas
Mi patria ni vuestro Estado.
¡Ay Virgen Santa Maria,
Madre del Crucificado!
¡Señora, valedme ahora
En este terrible paso!
Y vos, mi dulce Jesus,
Perdonadme mis pecados:
Por defender vuestra fe
Soy puesto en aqueste estado,
No por codicia del oro,
Ni del despojo sobrado,
Que harto me tengo yo
Que vos, Señor, me habeis dado.—
Diciendo aquestas razones,
La dura parca ha cortado
El hilo dulce á la vida
De un varon tan señalado.

(PEREZ DE HITA, Guerras civiles de Granada,
2.^a parte.)

¹ En este trozo que sigue se acuerda Perez de Hita de que
es poeta, y abandona por un momento el prosaismo de simple
narrador.

1164.

EPITAFIO DE DON LUIS PONCE DE LEON.
(De Gines Perez de Hita.)

Aquí yace Don Luis,
Ponce de Leon llamado,
De valor tan ilustrado
Como lo fué, si sentis,
El de Vivar afamado.
Matóle el sangriento Marte,
De envidia de su valor,
Abatiendo su estandarte;
Y aunque muerto, vencedor
Queda Ponce en cualquier parte.
Porque la fama real,
Satisfecha de la gloria
De su valor sin igual,
Hace al mundo ser notoria
Su grandeza ya inmortal.

(PEREZ DE HITA, Guerras civiles de Granada,
2.^a parte.)

1165.

EPITAFIO DE DON JUAN DE VILLAROEEL.
(De Gines Perez de Hita.)

Don Juan de Villaroel
Yace aquí, á quien ventura
Le subió en tan grande altura,
Cuanto se mostró cruel,
Después, su gran desventura.
Duras peñas le mataron,
No soldados de valor;
Mas no por eso su honor
Los que escriben olvidaron,
Dándole digno favor.
La fama de su memoria
Para siempre es inmortal,
Por ser caballero tal,
Que merece gran historia
De un valor tan principal.

(PEREZ DE HITA, Guerras civiles de Granada,
2.^a parte.)

1166.

BATALLA DEL DE LOS VELEZ, EN FÉLIX.
(De Gines Perez de Hita.)

El campo del buen Galleo,
Que Fajardo se decia,

Parte de Guecija en órden
Ya despues de mediodia.
Concertadamente marchan
De cinco en cinco las filas,
Y allá al ponerse del sol
Encuentran con Don García,
Que volvia ya de Félix,
Y ver su gran morería,
Dándole aviso al Marques,
Y de cómo se volvia
Sin osar acometer
A las moriscas cuadrillas.
El Marques pasa adelante;
Despidese de García.
Hizo el campo en la campaña
Alto, en esta noche fria.
Un agua-viento le coge
Con mucha nieve esparcida,
Que le pone en gran trabajo
Y muy crecida fatiga;
Mas rompiendo el alba clara
Muy bello se muestra el dia.
Manda el Marques que se dé
Municion muy bien cumplida
De pólvora, al campo todo,
Para tres ó cuatros dias.
A Félix el campo parte
Con placer y gallardía;
Lorca lleva la vanguardia
Murcia de batalla iba,
Cehegin y Caravaca
La retaguardia regian.
El campo á Félix descubre
Desde un monte que allí habia;
Manda el Marques que descienda
El campo de aquella cima,
Y que se ponga en lo llano,
Así marchando como iba;
Mas bien cerca del lugar
Un grande escuadron habia
De aquella morisma gente
Que con valor insistia
Aguardando la batalla
Que el Marques darles queria.
La vanguardia los embiste
Antes que el Marques lo diga,
Y los moriscos descargan
Toda su arcabuceria.
No cargan segunda vez,
Porque la gente se anima
De aquel escuadron cristiano,
Y ataca con gallardía.
Los moros que ven tal campo
Y tanta caballería,
Al lugar se retiraron
Por encontrar mejoría.
Apretaron los cristianos
Y Santiago apellidan;
Los moros dan á huir
Cada uno cual mas podia:
Otros tomaron un cerro
Que junto al lugar habia,
Y otros tomaban la sierra
Que de Gádor se decia:
Otros van hácia la mar
Por una derecha via.
El Marques que aquello vido
A su buen caballo pica,
Y por los moros se mete
Con gran valor y osadia.
Los de á caballo le siguen,
Y todos van á porfia
Matando moros y moras
Que se iban á la marina.
Todo el lugar se saquea,
No dejan persona á vida,
Y tanta es la crueldad
De las cristianas cuadrillas,
Que mas de ocho mil feneccen

De la canalla morisca¹,
Entre niños y mujeres,
Que el verlos es gran mancilla,
Sin otra gente de guerra
Que murió en aqueste dia.

(PEREZ DE HITA, *Guerras civiles de Granada*,
2.ª parte.)

¹ Por mas que aquí llame canalla á los moriscos, Perez de Hita, así en este romance como en todos los demas suyos, se trasluce la compasión que le inspiran, y la justicia caballerosa que hace á su valor.

4167.

EL DE MONDÉJAR PERSIGUE Á ABENHUMEYA.—BATALLA
DE PATERNA.

(De Gines Perez de Hita.)

El de Mondéjar siguiendo
Al reyecillo malvado,
Corrió á Ogijar y Andarax;
Mas nunca pudo alcanzarlo,
Porque estaba Abenhumeya
Léjos de allí retirado,
Aunque muy pronto volvió,
Y en Andarax se ha alojado.
Allí tuvo su consejo,
Como ya habemos contado.
Llegó el Marques á Paterna,
Do halló un campo formado
De moros apercebidos
Que le estaban aguardando,
Para darle la batalla,
Si viniera en aquel llano.
Su campo ordena el Marques,
Como estaba acostumbrado:
La batalla le presenta
A aquel bando levantado:
Dulzainas de un cabo suenan,
Y trompetas de otro cabo;
Grande rumor se sentia
De atambores por el campo,
Añfiles y atabales
Atras no se habían quedado.
La batalla se comienza
Muy sangrienta en cada lado;
Mas los cristianos son muchos,
Y su campo han mejorado.
Muchos matan de los moros
Con un valor extremado,
Los cuales salen buyendo
Del pueblo que están guardando,
Y los cristianos los siguen
Con un furor no pensado,
Matando en aquel alcance
Muchos del morisco bando.
Saquearon el lugar,
Grande despojo han sacado.
De allí se partió el Marques
Y en Orgiva se ha alojado,
Do asentó bien su real
Por estar á buen recaudo.
Aquí de su rey aguarda
Que le venga otro mandado,
Porque no quiere sin órden
Que parta de allí su campo.

(PEREZ DE HITA, *Guerras civiles de Granada*,
2.ª parte.)

4168.

BATALLA DE OHÁNEZ Y ROTA DE INOX.

(De Gines Perez de Hita.)

Las tremolantes banderas
Del grande Fajardo parten
Para las nevadas sierras,
Y van camino de Oháñez.

¡Ay de Oháñez!
Ocho mil guerreros lleva,
Cada uno es como un Marte;
Llegan al Barranco-hondo,
Y allí al campo se hizo tarde.
¡Tarde, tarde!
Marcha el Marques á otro dia
Cuando el sol al mundo sale,
Y á Canjáyar llega el campo,
Y su losado, que es grande.
¡Grande, grande!
El bando moro entendiendo
Que el Marques viene á buscallo,
Esta noche echado ha suertes,
Por ver si podrá aguardarle.
¡Aguardarle!
Una mora echa las suertes,
Vieja, mala mas que laudre,
La cual dice que bien pueden
Dar batalla y esperalle.
¡Y esperalle!
Mas que primero dén muerte
A los cristianos de Oháñez
Que tienen allí cautivos,
Y que su sangre derramen.
¡Ay, derramen!
Los cristianos fueron muertos
Por aquella gente infame:
Tres doncellas degollaron
Delaute sus mismas madres.
¡Madres, madres!
En el real se supieron
Estas atroces crueldades,
Y juran de bien vengarlas
En dando el sangriento Marte.
¡Marte, Marte!
Otro dia en la mañana
El campo marcha y se parte,
Pasando primero el rio
Para subir á Oháñez.
¡Ay, Oháñez!
Por una ladera arriba
Todo el campo se reparte,
Y todo el bando morisco
Hace de sí un baluarte.
¡Baluarte!
En un gran tajo de peñas
Hácese un escuadron grande;
Mas el campo le dispara
Cuatro pelotas volantes.
¡Ay, volantes!
Desampara el bando moro
El peñasco, y de allí sale
Huyendo para la sierra,
Mas le siguen el alcance.
¡Alcance!
Los valerosos cristianos
Que los siguen y dan mate,
Muchos matan de los moros;
Las moras no hay escaparse;
¡Escaparse!
Que todas fueron cautivas,
Sin mas poder remediarse,
Y tambien murieron muchas
Que no pudieron guardarse.
¡Ay, guardarse!
Tantos matan de los moros,
Que el rio va tinto en sangre,
Y los cristianos la beben,
Que no pueden excusarse.
¡Excusarse!
Convínole aquí al Marques
Muchos dias aguardarse,
Hasta que órden le venga
Dónde ha de ir, ó á qué parte.
¡Parte, parte!
Tantos dias aquí estuvo,
Que su campo se deshace,
Y por esto le convino

Volver atras al gran Marte.
¡Marte, Marte!
Al losado de Canjáyar
Se descende, por ser grande,
Y que la caballería
Por todo el llano se ensanche.
¡Ensanche!
A Inox en aqueste tiempo
Se saquea, y le deshacen;
Que soldados de Almería
Le siguen con crudo alcance.
¡Ay, alcance!
Soldados de las galeras
Se hallan en este lance,
Y por un taimado engaño
Van los moros á embarcarse.
¡A embarcarse!
Entienden que las galeras
Que parecen, son de paces,
Y así embarcan muchas moras
Que allí van á remediarse.
¡Remediarse!
Mas el engaño entendido
Quisieran desembarcarse,
Y no pueden los cuitados
Del lazo desenlazarse.
¡Desenlazarse!
Las galeras á Almería
Se vuelven á solazarse,
Y allí reparten la presa,
Que es muy ópima y muy grande.
¡Y muy grande!
Las galeras hacen vela,
Y parten para Levante,
Llevando moros y moras
Que vender en cualquier parte.
¡Parte, parte!
En este tiempo el Marques
A las Alpujarras sale
Del losado de Canjáyar
Un domingo, ya bien tarde,
¡Tarde, tarde!
Porque le vino gran gente
De Albacete y otras partes,
Y de Lorca y de Chinchilla,
Que no pudo mejorarse.
¡Mejorarse!
Son todas cinco banderas,
Do vinieron á juntarse
Mil soldados bien armados
Para entrar en cualquier parte.
¡Parte!
Con esto sale el Marques,
Dando órden de que marchen
Por todas las Alpujarras
Con banderas y estandartes.
¡Estandartes!
Pásalas luego el Marques,
Y en Verja quiso alojarse,
En donde le dejaremos
Por escribir de otra parte.

(PEREZ DE HITA, *Guerras civiles de Granada*,
2.ª parte.)

¹ Vuelve el autor á acordarse de aquellos buenos romances tradicionales que insertó en la historia de los bandos de Cegris, etc., é imita en este el de *¡Ay Alhama!* conservándole el tono melancólico que le hizo tan celebre é interesante, que dicen fué causa de prohibir su canto entre los moros, cuyo es piritu abatía privándolos del valor que mas que nunca necesitaban para defenderse.

4169.

DERROTA Y MUERTE DEL CAPITAN ÁLVARO FLORES.

(De Gines Perez de Hita.)

El de Tendilla y Mondéjar
En su real asistia,
Con él están muchos nobles

De la ilustre Andalucía.
Estando un día tratando
De lo que hacerse podría
En aquella guerra infame
De la gente granadina,
Llegó un morisco corriendo,
Que de la sierra venía;
Y estando ante d'el Marques,
D'esta suerte le decía:
—Valeroso general
De Granada y su valía,
Ahora es tiempo, si quieres,
De ganar gran nombradía,
Y de reducir el reino
A la paz como solía.
Sabrás que el reyecillo
Con muy poca compañía,
En Valor se está muy quieto
Holgando de noche y día:
No tiene cuenta con guerra,
Ni del gran daño que había
Resultado por su causa
En toda la serranía.
Allí le puedes prender
A tu modo y á tu guisa.
Si quieres, vé tú en persona,
O algún capitán envía,
Que bien sabes de su muerte
El provecho que vendría.
El Marques que aquesto oyó
Quiere él hacer la vía;
Mas los nobles de su campo
Le defienden esta ida,
Porque es caso peligroso
Intentar la tal partida;
Que se envíe un capitán
De los que en el real había.
El buen Alvaro de Flores
Dice que á él le convenia,
Porque sabe bien la tierra
De toda aquella Axarquía.
El Marques quiere que vaya,
Y que lleve en compañía
Mil valerosos soldados,
Armados cual convenia.
Alvaro se marcha luego
Por caminos que él sabia;
De día se está emboscado,
Y por la noche camina.
En tres días llegó á Valor,
Y un alba, á la matutina,
Contra el lugar con su gente
Dió una grande arremetida.
Pero no encuentra defensa,
Ni á nadie que contradiga;
Solas mujeres hallaron
Muy cuitadas y afligidas.
Los soldados hacen presa
D'ellas y de cuanto había;
No hallan al reyecillo,
Porque en Valor no existía.
El escuadrón muy contento
En marcha ya se ponía
Para tornar al real,
Y no fué como quería,
Porque le tienen tomadas
Los moros todas las vías.
Comiénzase una batalla
Muy sangrienta y decisiva:
Los cristianos pugnan fuertes
Y matan gran morería;
Mas los moros eran muchos,
Y tanta era la demasia,
Que para un cristiano hay ciento
Que los matara á porfía:
No quedó ningún cristiano
Que escapase con la vida.
El buen Alvaro de Flores,
Haciendo lo que debía,

Murió como varón fuerte,
Y mostró gran valentía.

(PEREZ DE HITA, *Guerras civiles de Granada*,
2.ª parte.)

1170.

BATALLA DE VERJA.
(De Gines Perez de Hita.)

Después de aquella victoria
Que el reyecillo tuviera
Del buen Alvaro de Flores,
Tan dolorosa y sangrienta,
Con gran soberbia y orgullo
Juntó consejo de guerra.
Seis leguas había en medio,
Donde su real asienta:
Luego envía tres espías
Para descubrir la tierra
Y el real de los cristianos,
Si estaba puesto de guerra.
Los espías vuelven luego
Y al reyecillo dan nueva,
Que bien puede acometer
Al de Velez y sus tiendas.
El de Velez muy confuso
Estaba en estas conmedias;
No sabe dó están los moros,
Ni dó tienden sus banderas.
Para saber algo d'ello
Grande diligencia hiciera:
Enviado ha dos espías,
Vestidos á la turquesca,
Que saben la lengua mora
Como criados en ella.
Estos trajeron dos moros
Que saben bien de la guerra:
Al uno dieron tormento,
Y en él cantando da cuenta
Cómo Abenhumeya viene
A darle batalla fiera
Con tres escuadras de gente,
Formadas de sus banderas,
Y pasan de veinte mil
Los que vienen de pelea.
El Marques luego se alista
Para el alba venidera,
Porque confesó el morisco
Que antes que el alba rompiera
Habían de dar asalto,
Por las tres partes, á Verja;
Y así puso el campo en arma
Como muy diestro en la guerra.
Tan solo falta una hora
Para que el alba aparezca,
Cuando llegaron los moros
A dar crudo asalto á Verja.
Mas los famosos cristianos
No faltan en la pelea,
Que con ánimo sobrado
Dan en los de Abenhumeya,
Y al romper del claro día
La batalla va sangrienta.
Pero tanto es el valor
De las cristianas banderas,
Que hacen al enemigo
Subir huyendo á la sierra.
El valeroso Marques
Llevaba la delantera,
Matando y alanceando
Al que delante cogiera:
El solo por su persona
Mató moros mas de ochenta.
Toda la caballería
Puso á Mulcy en afrenta,
Matándole la canalla
Que enviado había á Verja.
Murieron mas de tres mil

Moriscos en la pelea;
Los demas fuéron huyendo
Esparcidos por la sierra.
Alcanzada esta victoria
El Marques se vuelve á Verja,
En donde le dejaremos
Hasta que demos la vuelta.

(PEREZ DE HITA, *Guerras civiles de Granada*,
2.ª parte.)

1171.

VERA CERCADA POR ABENHUMEYA, Y SOGORRIDA POR LOS
CRISTIANOS DE LORCA Y MURCIA.

(De Gines Perez de Hita.)

Lleno de cólera ardiente
Abenhumeya se halla,
Porque el marques de los Velez
Venció á su gente en batalla,
Matándole tres mil hombres
De la gente mas granada;
Y de lo que mas le pesa,
Es dejar allá las armas.
Y así, por aqueste agravio,
Se la tenía jurada
De destruirle las tierras,
Y dejarlas asoladas.
Para salir con su intento
A todo su campo manda
Que se parta para Vera,
Porque quería cercalla,
Y que si viene socorro
De Argel, halle allí entrada,
Do desembarquen las gentes
En su ancha y grande playa.
El campo se marcha luego
Dejando las Alpujarras,
Por el río de Almanzora,
Y junto á su orilla pasa:
Al Box destruye y al Boreas,
Del Marques muy estimadas,
A Zurgena y Partaloba,
Sin dejar piedra ni casa.
Tan solo deja á Cantoria
Por ser fuerza muy nombrada,
Y que para sí quisiera.
Que está bien fortificada.
De Oria no hace cuenta,
Que está tambien custodiada,
Ni de los Velez tampoco,
Porque tienen buena guarda
De sus mismos moradores
Con lealtad extremada.
Pasa de allí el reyecillo
Haciendo á Vera jornada,
Y entra por la Bellabona,
En donde está una atalaya.
A Vera la pone cerco
Pensando luego ganalla;
Pero Vera se defiende,
Porque tiene gente armada.
Tres días la bate el moro,
No puede adelantar nada,
Y Vera puesta en peligro
Con su gente en la muralla,
Pelea muy bravamente
Contra la mora canalla.
Las mujeres valerosas
Se emplean en hacer balas
Por servir á los soldados
Que andan en la batalla.
Vera corriera peligro
Si el asedio mas durara:
Son muchos los enemigos
Que la tenían sitiada,
Y acuerda pedir socorro
A Lorca, aunque está apartada.
Tres ginetes se aventuran

A atravesar por la escuadra
De aquella morisca gente,
Y salir con su embajada.
Rompen por los enemigos
Con braveza extraordinaria,
Sin que daño recibiesen,
Aunque los tiran mil balas.
Corrieron todo el camino
Sin pararse para nada;
Y el que buen caballo tiene
A los demas se aventaja:
En cinco horas por su cuenta
Dentro de Lorca se halla:
Cuando dió el reloj las once
Su embajada ya está dada:
A las doce llegó el otro
Y el tercero á la una dada.
Lorca luego se apercibe,
Y á las dos su gente marcha.
Ochocientos hombres lleva,
Porque con estos le basta
Para romper al contrario,
Aunque mucha gente traiga;
Tambien ochenta caballos
Van en aquesta jornada:
Anochecieron en Pulpi,
Y en Vera les tomó el alba.
Abenhumeya que vido
Venir tanta gente armada,
Levanta el cerco de Vera,
Y para las Cuevas marcha;
Y porque eran del Marques,
Las destruye y las abraza.
Con esto pasa á Purchena,
Donde el Maleh ya le aguarda.
Lorca le sale al alcance
Dándole en la retaguardia,
Y siguiéndole hasta el río;
Pero de allí se tornara,
Porque ya toda la gente
Venía muy alargada,
Y para Vera se vuelven;
La cual muy regocijada
Los recibe y los obsequia
Dándole muy finas gracias
Por aquel pronto socorro,
Que fué de tanta importancia.
Mas tarde la noble Murcia
Salió á hacer esta jornada,
Llevando cinco mil hombres,
Gente toda bien armada;
Caravaca, Cebegin,
Y tambien Mula la hidalga,
Totana, Albama con ellos,
Como Murcia se lo manda,
Por ser cabeza de reino
En todo fué respetada;
Mas cuando llegó esta gente
Vera estaba descercada;
Y no por eso perdió,
Por no ser ya necesaria,
Honor y gloria famosa,
Pues ya salió á la demanda,
Do mostrara su grandeza
Y virtud aventajada.

(PEREZ DE HITA, *Guerras civiles de Granada*,
2.ª parte.)

1172.

ENCUENTROS DE LA RAGUA Y LAS ALBUÑUELA.— MUERTE
DEL CAPITAN CÉSPEDES.— BATALLA DE LUCAINENA.

(De Gines Perez de Hita.)

Acabadas ya las fiestas
Del reyecillo Fernando
En la ciudad de Purchena,
Do se estuvo solazando,
Un correo le ha venido